

El año de la fe, un año para el Señor



**AÑO DE LA FE 2012
2013**

El pasado 11 de octubre, el Santo Padre inauguró el Año de la fe, coincidiendo con dos importante efemérides en la Iglesia: el 50° aniversario del inicio de Concilio Vaticano II y el 25° de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica. Todo un año de gracia para reflexionar sobre la fe. Pero, ¿es en realidad esto necesario? ¿No es la fe algo obvio, algo que debe darse por supuesto? Quizá el problema resida en que la demos demasiado por supuesto, casi sin reparar en ella y nuestra fe acabe en un rincón cubierta de polvo, muy bien almacenada, pero muy poco actualizada y vivida.

Los que hemos recibido la fe de nuestros padres y hemos oído hablar de Dios desde el

principio de nuestros recuerdos, tenemos la gran suerte de haber vivido toda la vida junto al Señor. Sin embargo, también es verdad que esta relación con Dios puede haberse convertido en algo tan cotidiano que haya podido perder valor a nuestros ojos. Nos falta quizá el entusiasmo del converso, el asombro de aquel que, sabiéndose indigno, recibe un don extraordinario. Nos hemos acostumbrado a la presencia de Dios en la Historia y en nuestra vida y nos parece la cosa más natural, siendo como es, un milagro fruto del amor infinito de un Dios que, en su inmensa grandeza, quiere relacionarse tan íntimamente con su criatura. Tan íntimamente que se ha hecho uno de nosotros. El Dios que se viste de belleza y majestad (cf Sal 95) se hace Niño y deja que su Madre lo envuelva en pañales. Es la mayor locura de amor que jamás hubiera podido imaginar ningún hombre.

La cuestión puede ser que no nos demos cuenta de la situación de la humanidad antes de la Encarnación del Verbo. El hombre, con su desobediencia, se había alejado tanto de Dios, que le era imposible encontrarle de nuevo. Con su rechazo a Dios, rechazó al único que podía llevarle a plenitud, sin el cual no puede vivir. La soberbia de querer ser Dios, el egoísmo de quererse a sí mismo más que a Dios, le condujo al abismo más profundo donde nada podía calmar su sed. Y todo quedó herido, no sólo la relación del hombre con Dios, también la relación entre los hombres y la del hombre con la naturaleza. El orden perfecto que el Creador había establecido para el hombre, es destruido por el propio hom-

bre, cerrándose así para siempre el camino a la plenitud y a la felicidad. Sólo un milagro podría remediar esta situación.

Y Dios se apiadó del ser humano y le prometió un Salvador. Durante siglos y siglos, la pedagogía divina fue preparando a la humanidad para recibir a este Salvador o Mesías: poco a poco, veladamente unas veces, de forma sorprendentemente explícita otras, el Dios del amor fue preparando con mimo el momento en el que Jesús aparecería en el mundo. Y lo hizo con detalles que nos hablan de su ternura paternal: la elección de María como Madre purísima, con total respeto a su libertad; la de S. José, el hombre bueno que velaría por Jesús; el momento histórico del Nacimiento, «cuando en el mundo entero reinaba una paz universal» (Calenda de Navidad), el Príncipe de la paz naciendo en un mundo en paz. Y en este momento cumbre de la Historia, que desde entonces ha quedado dividida en dos, se produce lo que ningún mortal, por mucha necesidad de salvación que tuviera, pudo nunca siquiera imaginar: Dios entra en la historia del hombre. Jesucristo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hace Niño; el Infinito se hace mortal; el Todopoderoso se hace frágil. La razón sólo es una: el amor. Dios, enfermo de amor por el hombre, no duda en anonadarse hasta hacerse humano para, compartiendo en todo menos en el pecado la suerte del hombre, reconciliarlo por fin consigo.

Sólo si nos colocamos en esta perspectiva seremos capaces de captar en plenitud el gesto que Dios ha tenido con nosotros. Seremos capaces de sentir el asombro y de quedarnos



atónitos ante tal desvarío de amor, que conduce a todo un Dios a la Cruz por su criatura. Seremos capaces de sentirnos tan indignos de recibir tan desproporcionado regalo, que no podamos contener la alegría, y el agradecimiento fluya de nuestro corazón y nuestros labios como un torrente en crecida.

Por todo eso creemos que sí es oportuno un año para reflexionar sobre la fe y así, como dice el Papa en la carta apos-

tólica *Porta fidei*, «redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo» (PF 2).

Lo primero que debería ser objeto de nuestra reflexión es el bautismo, o mejor, nuestro propio bautismo, ese acto fundamental en nuestra vida y que, sin embargo, la mayoría de nosotros no recordamos porque lo recibimos siendo bebés. Desde aquel momento tenemos la dicha de poder llamar a Dios, padre, de ser miembros de la Iglesia, de estar injertados en el Cuerpo de Cristo. «Ser bautizado no es otra cosa que nacer en Cristo, empezar a ser y subsistir en Él. Para los que vivimos en Cristo, el bautismo es el inicio de la existencia, nos introduce en la Vida, sacándonos de la corrupción y de la muerte, por eso es el primero de los sacramentos de la iniciación cristiana» (*La puerta de la fe*, Temario de formación 2012-1013 de A.C.G. de Madrid).

Debemos redescubrir nuestro bautismo como la puerta que nos lleva a la fe, como ese nuevo nacimiento del que habla Jesús a Nicodemo y que nos permite «ver el Reino de Dios» (cf Jn 3,3). Un hito tan esencial en la

vida, de tal valor para nosotros que se convierte en una fecha importante que hay que celebrar, en un motivo más por el que dar gracias a Dios y a nuestros padres y padrinos que nos llevaron a la Iglesia a recibirlo y respondieron por nosotros.

El don de la fe en el bautismo es el principio. Dios hace siempre el primer movimiento, pero espera respuesta. Nuestra respuesta es la aceptación consciente y responsable de este don desde nuestra libertad. El Señor espera que aceptemos su regalo, pero no nos obliga a hacerlo. Él no quiere esclavos obligados a cumplir su voluntad sino hijos que, libremente y por amor, le obedezcan. Esta obediencia al plan de Dios no es alienación porque no está motivada por el temor o la determinación forzosa, sino por el amor. Vivida así, realiza plenamente al ser humano porque le hace caminar en la senda preparada por Dios para él y eso es, con mucho, lo mejor para cada uno de nosotros. «La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con Él» (PF 10). Estar y vivir con Dios, ¿no era ese el plan original, el plan del Paraíso?

Pero también existe el caso, lo sabemos muy bien, de aquellos que, o bien nunca han oído el mensaje cristiano, o bien lo tienen tan olvidado que para nada influye en su vida. Muchos de ellos, con sinceridad de corazón, buscan sentido a su vida, a la existencia, al mundo: «Esta búsqueda es un auténtico preámbulo de la fe» (PF 10). La razón con la que Dios ha dotado al Hombre, si es recta, puede conducirlo a ese lugar en el que puede tocarle la gracia y llevarle a la fe. La razón es una gran potencia humana, cuyo recto uso puede hacer al hombre más humano. A lo largo de la Historia, la razón ha llevado a la humanidad más y más lejos en los descubrimientos, en los conocimientos, en progresos de todo tipo que han hecho la vida más fácil. Pero ha habido ocasiones en las que, cegada por su aparente poder, se ha desviado y provocado grandes retrocesos morales. El

motivo es que la razón no debe andar sola. Necesita algo que la fundamente firmemente en la verdad para que, lejos de buscarse a sí misma, se abra a la trascendencia y se encamine hacia el auténtico conocimiento. Ese algo que debe ayudar a la razón es la fe. Pero la fe también necesita de la razón: para alcanzar la madurez, para profundizar en los contenidos de la Revelación, para alejarse de mitos y supersticiones que pueden adulterarla. Nuestro querido Juan Pablo II expresaba esta mutua dependencia de fe y razón de esta forma tan bella: «Fe y razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad» (inicio de la encíclica *Fides et ratio*).

No acaban aquí los dones con los que el Creador ha adornado a las personas. En el interior del hombre existe un espacio sagrado en el que Dios mismo hace resonar su voz. Es la conciencia. Según el Concilio Vaticano II, en la constitución *Gaudium et spes*, «la conciencia es un sacrario dentro del hombre, donde tiene a solas sus citas con Dios» (GS 16). Tiene mala prensa hoy la conciencia. Parece algo que nos persigue, que trata a toda costa de pisotear nuestra libertad, que nos impone cargas imposibles y acaba con nuestra alegría. ¡Qué lejos está esta idea de la preciosa definición de los padres conciliares! La conciencia nos guía para que, como dice S. Pablo, «podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, lo





bueno, lo que agrada, lo perfecto» (Rom 12, 2). No hace otra cosa que dejar oír la opinión de Dios que resuena en ella. Dios la ha puesto en nosotros como una luz que alumbre nuestros pasos, que nos haga ver los obstáculos, lo intrincado del sendero para no tropezar ni salirnos del camino. Una conciencia bien formada nos ayuda a encontrar la voluntad de Dios en nuestra vida, nos enseña a elegir lo justo, lo bueno, lo que Dios quiere. Pero sólo nos ayuda, nos indica, no nos coacciona. Al final serán nuestra voluntad y nuestra libertad las que decidan. Y, naturalmente, es posible no hacer caso a la conciencia, acallarla, no tener en cuenta sus juicios y actuar en contra de lo que sugiere. Si actuamos así con frecuencia, acabaremos por adormecerla y oiremos su voz cada vez menos y más lejos. Aunque, por supuesto, lo contrario también ocurre: «Si nos esforzamos habitualmente por seguir la voz de una conciencia recta y formada, esto podrá convertirse en una suerte de inercia que

nos haga inclinarnos cada vez con más frecuencia hacia lo bueno» (*La puerta de la fe*¹, Temario de formación 2012-2013 de A.C.G. de Madrid). Lo que ocurrirá entonces será que, poco a poco y seguramente con dificultades, vayamos eligiendo de una forma natural la voluntad de Dios sobre nosotros, que, cada vez más mi voluntad coincida con la suya porque sabré que lo que Él quiere para mí es siempre lo mejor.

Los católicos tenemos todavía otra ayuda más para conocer la fe en profundidad, para aclarar posibles dudas. El Magisterio de la Iglesia es un tesoro de sabiduría que, concilios, papas y obispos han ido incrementando con el paso del tiempo. En un primer momento puede parecer algo muy elevado, casi fuera de nuestro alcance, pero cuando uno, poco a poco, va introduciéndose en su lectura, encuentra tanta sensatez, tanta claridad, tanto respeto y tanto cariño que termina deseando con avidez la publicación del próximo documento. Requiere esfuerzo, claro, todo lo que de verdad vale, cuesta, pero merece la pena. Todo lo que afecta al hombre está tratado aquí. En las guerras, el mensaje ha sido de consuelo, compasión, ánimo y esperanza, de perdón y reconciliación; en las celebraciones, de alegría y júbilo, de acción de gracias; cuando un problema concreto ha sacudido a la sociedad, se ha abordado sin ambages, exponiendo con claridad la opinión y la enseñanza de la Iglesia. La paz, la justicia, la moral, la economía, la educación, la cultura, el amor, la liturgia, la Escritura, los sacramentos..., son temas que han sido tratados en profundidad por Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, ¡hasta de Juan Pablo I hay magisterio y eso que sólo fue papa 33 días! De todos estos escritos podemos sacar provecho aumentando nuestros conocimientos, acrisolando y cimentando más firmemente nuestra fe.

¹ www.archimadrid.es/acatolica/temario/a2012/temario.



Este año, además, como ya hemos dicho arriba, celebramos los aniversarios de dos acontecimientos decisivos en la historia reciente de la Iglesia: los 50 años de la apertura del Concilio Vaticano II y los 25 de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El papa Juan Pablo II dijo en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, a propósito del Concilio: «¡Cuánta riqueza, queridos hermanos y hermanas, en las orientaciones que nos dio el Concilio Vaticano II! (...). A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Después de concluir el Jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran noticia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza.» (NMI 57).

Muchas veces es muy triste oír hablar del Vaticano II a quien, a la legua se ve, nunca ha leído sus páginas y sólo habla de oídas. Se ponen en boca del Concilio, cosas que nunca dice o, peor aún, medias verdades o citas sacadas de contexto que sólo consiguen desorientar e incluso escandalizar a almas con poca formación. No nos contentemos con que nos cuenten los medios qué ha dicho el Papa y mucho menos desconfiemos de él por algo que un periodista diga que ha dicho. La ignorancia e incluso una intención poco recta pueden tergiversar las verdades más claras. Vayamos a las fuentes para que no puedan marearnos o confundirnos. Que a la pregunta: «¿te has enterado ya de lo que ha dicho el Papa?», podamos contestar: «Sí, claro, he leído sus propias palabras»; que seamos capaces de desmontar las polémicas que sólo persiguen desestabilizar a la Iglesia y la fe de los católicos. No será fácil que nos engañen si al poco de haberse publicado una encíclica, la hemos leído y tenemos las cosas claras sobre

lo que en ella se dice. Nuestra formación irá en aumento y seremos más capaces de «dar razones de nuestra fe».

Es verdad que la lectura del Magisterio de la Iglesia no es como la de una novela política, pero también es cierto que muchas veces toca en lo más hondo, por los temas que se tratan, por el tono —la Iglesia es maestra pero también es madre y sabe cómo hablar a sus hijos—, por el momento coyuntural en



el que se escribe, porque, en definitiva, a lo largo de sus páginas es Cristo mismo el que habla al corazón. Cuesta porque su lectura y su estudio exigen un esfuerzo ante el que a veces nos rebelamos porque preferimos lo cómodo a lo fatiga, lo llano a lo escabroso. Pero no es esta la hora de la comodidad o la de jugar a que los problemas no existen. Este es el momento de depurar nuestra fe, de vicios que se hayan podido instalar en ella, de aprender desde el principio sus fundamentos y contenidos, de formarnos una opinión sobre las circunstancias y los problemas acorde con la de la Iglesia, es decir, es momento de madurar como cristianos y ser capaces de salir al mundo, a este mundo de hoy a proclamar la Buena Nueva.

Para lo cual hay que estar preparados. La formación, la lectura y el estudio son funda-

mentales pero no suficientes. La oración es el motor de la vida del cristiano. Dice Benedicto XVI: «también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús» (PF 3). Acercarse a Jesús, escucharle como María en Betania, que escogió la parte mejor. En el siglo de las prisas, en el que el verdadero oro es el tiempo, la oración, para quien no tiene su vida centrada en Dios, puede parecer una pérdida de tiempo, un tiempo que podría emplearse en hacer, hacer, hacer mil cosas «útiles». Pero para nosotros no hay tiempo mejor aprovechado que el dedicado al Señor. Porque la actividad por la actividad, sin un fundamento que la sustente, desemboca necesariamente en el activismo. Se convierte en un hacer por hacer, en un hacer más, que acaba quemando o aburriendo.

El cimiento de la actividad del cristiano son los ratos delante del Santísimo. Largos o cortos, lo que cada uno, en verdad, considere que puede. Es un privilegio tenerle tan cerca y siempre dispuesto a acogernos, a escuchar nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestros proyectos, nuestros sufrimientos. Pero lo más hermoso es el hecho de estar con Él y degustar su presencia, hacernos conscientes de que está ahí con nosotros, como si hubiéramos tenido el increíble privilegio de estar en primera fila en el precioso monte de las Bienaventuranzas, o incluso, en el lugar de Juan, en el Cenáculo, apoyando la cabeza en su pecho.

Los cristianos de verdad siempre han llamado la atención de su entorno. «Mirad cómo se aman», decían de las primeras comunidades cristianas. En nuestra sociedad, en la que prima tanto la imagen, el tener frente al ser; en la que se vive encerrado en uno mismo o a lo sumo en la propia familia, sin meterme en absoluto en la vida de los demás; en la que lo importante es llegar lo más arriba posible sin importar qué hay que hacer para lograrlo o quién se queda en el camino; en esta socie-

dad, tiene que llamar la atención una persona íntegra, que se preocupa y se ocupa de los demás, incluso de los más desfavorecidos, que es capaz de sacrificar sus propios intereses por el bien de otros, que considera más importante el bien de sus hijos que su proyección profesional.

Naturalmente, esto está muy claro en el plano teórico. La cosa se complica cuando nos toca en propia carne renunciar a un ascenso por ver a los hijos algo más que la tarde del domingo, posponer una apetecible cita con amigos por hacer compañía a un padre anciano o dedicar parte de mi tiempo a un compañero que necesita que le echen una manita con el nuevo programa informático. Pero es en esos casos cuando hay que dar la talla y acordarnos de todas las veces que nos cuenta el evangelio que el Señor estaba cansado y quería retirarse pero seguía acudiendo gente a Él. En ningún pasaje se dice: «Uy, cuánto lo siento pero, por hoy ya he terminado». Nada de eso, si estaba cansado, pues se cansaba un poco más y luego, antes de irse a dormir, se ponía a rezar para recuperar fuerzas al lado de su Padre. Ese debe ser nuestro ejemplo y nuestra inspiración.

Aparte de la coherencia de vida y la entrega a los demás, hay otra cosa que debería distinguirnos a los cristianos en este siglo: el gusto por lo bello, la capacidad de asombrarnos ante la belleza. Dios Padre, Belleza Infinita, se refleja en su creación. No debemos consentir estar al lado de cosas bellas y quedarnos indiferentes. Desarrollemos nuestra sensibilidad para poder captar los matices de una obra de arte, la armonía de un paisaje, el mensaje de una buena película o la paz que trae al alma la música. Dejémonos embriagar por ello porque es Dios mismo quien nos abraza en las cosas bellas.

Estamos inmersos en una cultura que más bien exalta lo feo que lo bello. Llama mucho más la atención una restauración grotesca y probablemente irreverente que la preciosa Gioconda del Museo del Prado. Tiene mucha más audiencia un programa en el que alguien pone su intimidad al descubierto por dinero, que una buena película que puede dar paso a una conversación interesante. Pues nosotros también construimos la cultura y lo hacemos cuando elegimos la película en lugar del mercado de escándalos, cuando enseñamos a nuestros hijos a apreciar la música de calidad en lugar de



permitir que se destrocen los tímpanos con músicas estruendosas y embotadoras de los sentidos, cuando les llevamos a la montaña en vez de dejarles jugando solos ante una pantalla.

Desde luego, no consiste aislarse y fabricar artificialmente una cultura propia, como si viviéramos en una burbuja. No, eso no sería bueno. Y estaríamos siendo infieles al mandato de Jesús que no nos mandó encerrarnos agarraditos de las manos, sino salir al mundo a anunciarle. S. Pablo nos lo aclara: «Examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (ITes 5, 21). Debemos tirar de nuestros hermanos hacia arriba. No subir nosotros solos pero tampoco dejarnos contagiar por mediocridades y quedarnos abajo. El truco es coger todo lo que sea auténtico y digno de Dios, bautizarlo y orientarlo para gloria suya. Es lo que han hecho los cristianos y especialmente los misioneros durante toda la historia de la Iglesia.

Ánimo en este Año de la Fe. Esforcémonos por conocerla, por valorarla, por agradecerla, por comunicarla, firmemente arraigados



y edificados en Cristo. Pueden servirnos de estímulo las palabras que el Concilio dirigía, como despedida, a los trabajadores: «Acoged, pues, el mensaje de la Iglesia. Acoged la fe que ella os ofrece para iluminar vuestro camino (...). Que ella (la fe) os ilumine. Que ella os guíe. Que ella os haga conocer a Jesucristo, vuestro compañero de trabajo, el Maestro, el Salvador de toda la humanidad» (Mensaje del C. Vaticano II a los trabajadores). ^{AC}

María José Valverde Sanz

Miembro de la ACG en la diócesis de Madrid

Cuestionario

1. ¿Me preocupa profundizar en mi fe o pienso que con el bautismo está hecho todo? ¿He confiado en la gracia que el bautismo me ha comunicado haciéndome partícipe del conocimiento de Dios?
2. Estoy llamado a que mi testimonio de vida sea creíble (familia, trabajo, ambientes en los que transcurren mi vida) si me han preguntado sobre mi fe ¿He sabido responder a lo que se me preguntaba? ¿Puedo decir que haya «profesado con los labios la fe que llevo en el corazón»? ¿cómo me he sentido?
3. En algún momento de mi vida, apoyándome en mi fe algo infantil ¿sostuve posturas poco racionales, por falta de formación o de profundización?
4. Que concepto tengo de conciencia: Si solo la identifico con la voz que me acusa cuando cometo un error consciente y consentido; o si, por el contrario, la entiendo como rincón de mi corazón donde consultar y dejarme guiar por el Señor.
5. A la luz del contenido de la reflexión ¿qué estoy dispuesto a hacer para profundizar y difundir la fe?